

**GENOCIDIOS Y CRÍMENES
CONTRA LA HUMANIDAD**

El genocidio armenio

GEORGE HINTLIAN

A partir del próximo curso escolar (2003-2004) todo estudiante turco de secundaria tendrá que presentar un ensayo sobre el 'supuesto o llamado genocidio armenio' (utilizando todo el arsenal de literatura revisionista puesta en marcha por el gobierno turco). Una vez que el ministerio turco de educación ha promulgado la circular para todas las escuelas secundarias, ésta se ha convertido en obligatoria. El aspecto más inquietante de dicha circular es que también es obligatoria para todas las escuelas armenias que hay en Estambul. Todo esto coincide con la emisión semanal de los seis episodios del documental «Sare Gelin» emitido esta primavera en el prestigioso canal TRT de la televisión turca, en el que se presenta a los armenios como una minoría que mató a 517.000 turcos en el momento en que el Imperio Otomano estaba llevando a cabo su genocidio de los ciudadanos armenios de Turquía en 1915-1916. ¿Se trata de un esfuerzo desesperado o de una reacción a los crecientes avances hechos por los armenios en los foros internacionales sobre la cuestión del reconocimiento del Genocidio Armenio, o se trata de otro nuevo capítulo para que la cuestión del genocidio armenio sea aún más controvertida a los ojos del público turco?

El genocidio armenio no fue un accidente; fue la culminación de siglos de discriminación y persecución. Lo único que hizo la Primera Guerra Mundial fue proporcionar la oportunidad más adecuada para resolver lo que se conocía como la 'cuestión armenia' y para despoblar la tierra histórica de Armenia por la exterminación. Para mejor comprender la génesis del genocidio armenio conviene hablar de los antecedentes, de la dinámica de las relaciones raciales en el seno del Imperio Otomano y, en suma, reconstruir el contexto dentro del que tuvieron lugar estos trágicos hechos.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

A principios del siglo xx vivían en Turquía 2 millones de armenios, la mayoría en la zona oriental, en donde se encontraban las seis provincias armenias de Sivas, Diyarbakir, Harput, Erzurum, Bitlis y Van. Dentro de Turquía los armenios constituían la minoría más numerosa, seguidos por los griegos y los judíos.

El Imperio Otomano se constituye oficialmente tras la conquista de Constantinopla por Mohamed II en 1453. Se concedió entonces cierto grado de autonomía a la metrópolis y, de modo similar, se concedió el mismo tratamiento a otros territorios habitados por cristianos en un nuevo orden político y social que seguía dominado, no obstante, por la distinción entre los Turcos y los Raya, un término que literalmente significaba 'el ganado'. Cada millet (grupo nacional) estaba presidido por un Patriarca, intermediario reconocido entre comunidad y gobierno, que era elegido por la comunidad, aunque desempeñaba su cargo a discreción del gobierno.

Los patriarcados o sus equivalentes eran competentes para tratar sobre los asuntos religiosos y educativos de sus respectivas comunidades y ejercían, a la vez, cierta jurisdicción en el terreno del derecho personal (matrimonio, divorcio, etc). No obstante, el sistema otomano se negó a renunciar a todos los derechos en este campo y se mantuvo en todo el territorio el rentable impuesto personal conocido como *kharadj*. En realidad puede pensarse que uno de los motivos para que no se estimulara oficialmente la conversión al Islam estaba, precisamente, en el deseo de las autoridades de continuar beneficiándose de esta fuente de ingresos.

La función especial que se asignaba a los Patriarcados daba a la institución de los millets un carácter eclesiástico, pero en el Oriente Próximo del Imperio Otomano una iglesia constituía, meramente, el aspecto más destacado de la nacionalidad. De hecho, los millets eran prácticamente cuerpos autónomos en todo lo relacionado con la religión, la cultura y la vida social; pero se trataba de una autonomía mutilada porque estaba celosamente desprovista de cualquier tipo de expresión política. Durante los quinientos años de dominación otomana las minorías cristianas de Turquía, incluyendo los armenios, estaban sometidas a un conjunto de incapacidades legales que les denegaban protección y reparación institucionales en el caso de ser víctimas de una agresión. También estaban sometidas a imposiciones arbitrarias, de las que la peor era el tributo de los niños (*Devshirme*). Los temidos jenizaros (soldados de élite) se llevaban a los niños cristianos, arrancándolos de sus padres. Una de las penosas tareas de los obispos armenios era la de reunir o seleccionar este tributo humano en el seno de los hogares armenios. Un caso bien conocido es cuando, en el siglo xviii, se ordenó al obispo armenio de Sivas que enviara 5.000 ni-

ños armenios al Sultán. Berberian, el cronista armenio contemporáneo, describe gráficamente cómo, conducidos a pie, en pleno invierno, la mitad de los pequeños jamás llegó a su destino. Hasta bien entrado el siglo XVIII fue frecuente en el Imperio Otomano esta tan temida práctica que forzaba a las familias a entregar a sus hijos pequeños al Estado, para ser educados y adoctrinados como jenizaros.

A principios del XIX los señores feudales turcos eran los gobernantes de hecho en las provincias orientales del Imperio. Los armenios no sólo eran privados de su derecho a la protección del gobierno, también se les privaba del derecho auxiliar de autoprotección. Los armenios tenían prohibido llevar armas en una tierra repleta de delincuentes armados hasta los dientes en la que, no obstante, los musulmanes podían armarse, cosa que hacían como práctica habitual. Pero uno de los agravios básicos contra las minorías era la no admisión del testimonio de los cristianos contra los musulmanes en los tribunales de administración religiosa. Esta antigua práctica permaneció intacta incluso después de las reformas del Tanzimat de 1839 y 1856, que intentaban igualar la justicia en los tribunales civiles. En el informe presentado en 1864 por el vicecónsul británico se señala cómo «El gran test de la igualdad de los cristianos y los musulmanes ante la ley, la admisión del testimonio de los cristianos, está ausente de forma notoria en la experiencia de estos diez últimos años. El testimonio cristiano es completamente rechazado en los tribunales penales inferiores, y sólo es admitido en los superiores en el caso de que sea corroborado por un musulmán. La simple alegación de un musulmán, no apoyada por pruebas, desbancará la reclamación más incontrovertible y mejor fundada»¹.

En 1832 Turquía se encontraba en medio de una crisis internacional y, desesperada, dio pasos en busca de la protección rusa. Fue durante la visita del zar Nicolás I a Inglaterra cuando Rusia introdujo en la diplomacia europea la noción del 'enfermo de Occidente' con la que en adelante se aludiría al decadente Imperio Otomano. Una expresión que se entendía en la realidad como la de la próxima desintegración del mismo. Tras la expedición egipcia de Mohamed Ali y de la ayuda condicionada de los europeos a los otomanos, las relaciones entre las potencias europeas y el Imperio tomaron un ritmo diferente. Poco después, en la guerra de Crimea, los aliados lograron someter a Rusia y forzaron a los turcos para que promulgaran el Edicto de Reforma de febrero de 1856. En éste se repetían las garantías de «seguridad de la vida, el honor y la propiedad» acor-

¹ *Reports from the Majesty's Consuls relating to the condition of the Christians in Turkey*, volumen 1867, págs. 5, 29. Véase también otros informes de varios cónsules y vicecónsules británicos, en *ibíd.*, vol. 1860, pág. 58; vol. 1867, págs. 4, 5, 6, 14, 15; y el vol. 1867, part. 2, pág. 3.

dadas a los súbditos cristianos en el de 1839. Unas garantías por las que, según ella misma afirmaba, había estado luchando durante tanto tiempo la Rusia zarista.

En el Tratado de París de 1856, que siguió a la guerra, las provisiones de los artículos 9 al 12 trataban de una u otra forma sobre la suerte de los no musulmanes del Imperio. Los edictos de Reforma, tanto el de 1839 como el de 1856 hacían señales hacia las nacionalidades sometidas, si bien era el de 1839 el que contenía el aspecto más novedoso con su declaración oficial de igualdad. Por su parte, el de 1856 incluía una interesante cláusula de anti-difamación por la que se prohibían las prácticas que despreciaran o discriminaran a dichas nacionalidades.

La guerra de Crimea y el Tratado de París del 30 de marzo de 1856 introducían un acuerdo internacional de un carácter nuevo en la intrincada cuestión oriental. Muchos estudiosos de historia contemporánea han visto en la guerra de Crimea el origen de los posteriores conflictos armados, notablemente la guerra ruso-turca de 1877-79, las guerras balcánicas de 1912-13 o la Primera Guerra Mundial. La guerra de Crimea resultó ser un punto de inflexión en el desarrollo de la geopolítica y de la política de las potencias. El Tratado de París afirma en su Preámbulo que el objeto de esta paz es «asegurar, a través de garantías efectivas y recíprocas, la independencia e integridad del Imperio Otomano». Sin embargo las realidades que se ocultaban tras esta fraseología diplomática eran bastante diferentes, al igual que diferentes eran las que estaban tras el pomposo fraseo del celebrado *Hatti Hımayoun*, promulgado por el Sultán el 18 de febrero de 1856, en un momento bien calculado, cuando el Sultán confía al Gran Visir lo siguiente:

Sabe, al recibo de este escrito imperial, que la felicidad de todos los pueblos que la Providencia ha confiado a mi cuidado es mi preocupación más estimada y constante /.../ considerando, por tanto, que esta época es el comienzo de una nueva era de prosperidad /.../ me pongo como deber promover el desarrollo de la fuerza, el poder y la prosperidad del país, y hacer que todos mis súbditos, sin distinción de clase, sean felices, unidos entre sí por los lazos de un patriotismo cordial, como son todos iguales a los ojos de mi incansable y paternal solicitud.

Esta prosa, igual que la del Tratado de París, leída un siglo y medio después, sabiendo que ha sido creada, junto con los ministros turcos, por los embajadores de Inglaterra, Francia y Austria, da idea de los manierismos, por no decir el doble lenguaje, que caracterizaban el arte de la diplomacia en aquellos tiempos.

La cláusula 9 del Tratado de París dice:

Su Majestad Imperial el Sultán, en su constante solicitud por el bienestar de sus súbditos, ha promulgado un firmán que, mejo-

rando su condición, sin distinción de religión o raza, recoge sus generosas intenciones hacia las poblaciones cristianas de su Imperio, y queriendo dar una prueba más de sus sentimientos en este aspecto ha resuelto comunicar a las partes contratantes el susodicho firmán, que emana espontáneamente de su voluntad soberana. Las potencias contratantes reconocen el alto valor de la comunicación. Se entiende claramente que no puede en ningún caso dar el derecho de interferir a dichas potencias, ya sea colectiva o separadamente, en las relaciones de su Majestad el Sultán con sus súbditos, ni en la administración interna de su Imperio.

Pero a pesar de todas esas profesiones y garantías, reafirmadas intermitentemente en la constitución de 1876 y más tarde, «nunca se alcanzó una igualdad genuina». La razón era evidente. Las reformas eran una repudiación de las tradiciones socio-religiosas fundamentales, profundamente enraizadas en la psique turca, e institucionalizadas a lo largo del Imperio. Cuando se promulgó el edicto de 1856 muchos musulmanes comenzaron a protestar: «Hoy hemos perdido nuestros sagrados derechos nacionales que nuestros ancestros ganaron con su sangre. La nación Islámica, que fue la nación gobernante, es ahora privada de su sagrado derecho. Este es un día de lágrimas y duelo para los hermanos musulmanes»².

En unos pocos años(1859) estas reacciones culminaron en lo que se conoce como la revuelta Kuleli, en la capital. Los oficiales del ejército se unieron con los clérigos y los maestros musulmanes en un intento de derrocar al régimen como protesta contra lo que consideraban ser sumisión a las potencias extranjeras, y contra la ilegitimidad del acto de conceder igualdad de derechos a los cristianos. En la misma línea de los derechos humanos, el reclutamiento de los no musulmanes en el ejército otomano fue considerado como un instrumento de nivelación de las diferencias básicas en raza, etnia y, sobre todo, religión, en las organizaciones estatales multiétnicas. El primer decreto formal que establecía el reclutamiento dentro del Imperio Otomano por igual para los musulmanes y los no musulmanes fue promulgado en conexión con la segunda ley de reforma Tanzimat (1856), tras la guerra de Crimea.

Pero las autoridades turcas albergaban dudas sobre los beneficios que tendría para el Estado otomano la introducción de un sistema de reclutamiento universal obligatorio sin referencia a la raza, el credo o la nacionalidad. Se reconoció que la introducción de tal sistema era intrínsecamente arriesgada para la seguridad interna del Imperio. También podía fomentar un espíritu marcial, y sus co-

² Serif Mardin, *The Genesis of Young Ottoman Thought*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1962, pág. 18.

rrespondientes aptitudes marciales, entre esos grupos cuya lealtad hacia el Imperio era tenue. Antes del decreto de 1856 el sultán Mah-moud II había destruido, en los años 1820, a las unidades de Jení-zaros estableciendo en su lugar un ejército regular de *nizam*, introduciendo así el principio del reclutamiento universal. Al eximir a los no musulmanes del reclutamiento impuso sobre éstos un impuesto de exención (*Badal*) que había de ser pagado, sin discriminación alguna, por todos los varones de las familias no musulmanas.

A pesar de toda esta legislación los armenios nunca tuvieron una oportunidad de luchar en el ejército regular. En la guerra ruso-turca de 1878 los armenios que fueron voluntarios para luchar en el ejército otomano quedaron relegados al estatus de bestias de carga. De 20.000 a 30.000 armenios tuvieron que cargar a sus espaldas las pesadas armas y la munición a lo largo de gran parte del territorio, que carecía de otros medios de transporte. Cuando en 1909 varios jóvenes armenios solicitaron ser entrenados como oficiales en la academia militar (*harbiye*) su solicitud fue rechazada sobre la base de que la nueva ley de reclutamiento militar obligatorio para los no musulmanes todavía no se había convertido en la ley de la tierra. Fue únicamente durante las guerras balcánicas de 1912 cuando los armenios lucharon en el ejército turco.

Mientras tanto la vida cotidiana de los armenios de las seis provincias, en las que vivía la mayor parte de ellos, se deterioraba con rapidez. Antes de seguir adelante es conveniente que nos refiramos a las condiciones de vida de los armenios que vivían en asentamientos urbanos en las provincias orientales de la Turquía del siglo XIX.

A pesar de los nuevos vientos de cambio, la situación de los armenios permaneció prácticamente inalterada y la estructura teocrática, con sus consiguientes relaciones entre los musulmanes, el grupo dominante, y los no musulmanes, continuó siendo el principio de gobierno. En el sistema otomano los musulmanes seguían considerándose a sí mismos como los señores con relación a los no musulmanes que, como mucho, podían ser tolerados. Pero la tolerancia es un ejercicio discrecional y no es reducible con facilidad a garantías aseguradas legalmente; como tal puede ser anulada a voluntad y puede incluso transformarse en lo opuesto, intolerancia y persecución. El movimiento de reforma armenia se dirigió a asegurar dichos desarrollos, buscando los derechos civiles, en especial la igualdad ante la ley, y su institucionalización irrevocable.

La permanente relegación de los cristianos a un estatus inferior llevó a un bloqueo estructural y muchas de las personas bloqueadas por este sistema de castas, se dirigieron hacia las actividades comerciales y de negocios, en las que una buena parte de los armenios de las ciudades se perfeccionó y llegó a sobresalir, dado que las carreras militares, políticas o en la administración civil se encontraban por lo general fuera del alcance de la mayoría. La pros-

peridad económica que esto trajo para los bolsillos de los propietarios urbanos armenios condujo a un dominio económico de este segmento de la población armenia, creando como resultado problemas de 'inconsistencia de estatus'. Dada su posición inferior, el carácter relativamente superior de su prosperidad, visible e incluso llamativa, provocó una inveterada codicia, e incluso mala voluntad, en muchos de los que eran menos prósperos, y pobres, dentro del grupo de los musulmanes dominantes. Excepciones a esta regla las constituían los dispersos funcionarios del Tesoro, de Exteriores, del Mint (Dadianos) y otros pocos ministerios, como Correos y Telégrafos. Excepciones similares eran los favoritos dinásticos de los sultanes, por ejemplo los Balian, famosos por sus contribuciones a la arquitectura religiosa del imperio, y por su papel como creadores del esplendor palaciego. Pero, independientemente del tipo de éxito, seguían siendo básicamente 'infiel inferiores' y su estabilidad y seguridad finales casi siempre se encontraban a merced de sus señores turco-otomanos .

Mahmoud II, el sultán reformista, subió al poder en 1808 con serios planes de reestructurar la sociedad otomana. Antes de él los armenios de las provincias (los campos de Anatolia) se beneficiaban de un sistema de simbiosis gracias al cual eran más o menos inmunes a la depredación y el acoso rampantes. Estaban protegidos por un sistema feudal en que los señores Derebeyi se ocupaban de su relativa seguridad a cambio de que se les rindieran determinados servicios y tributos. Sólo las frecuentes conmociones causadas por la guerra amenazaban con alterar este arreglo. Tras la erradicación de los jenizaros y la consiguiente abolición formal del feudalismo provincial, este monarca estableció un régimen centralizado sin que ello supusiera, no obstante, que fuera capaz de abolir por completo el feudalismo en los lugares más remotos del imperio en los que siguió funcionando un sistema dual de autoridades, que competían con frecuencia entre sí, con impuestos paralelos, al igual que otras obligaciones, que terminaron padeciendo muchos de los súbditos otomanos.

En otras palabras, las autoridades centrales de Estambul mostraron ser ineficientes e incapaces de reintroducir la ley y el orden en los lugares más distantes del territorio otomano, especialmente en las áreas en las que el acceso era más difícil por la falta de carreteras adecuadas, o bien estaba bloqueado por cadenas de montañas. Varios enclaves armenios de la zona oriental no sólo se vieron sometidos a las autoridades otomanas sino también a las exacciones de los delincuentes y de autoproclamados gobernantes.

En un período de veinte años, hasta 1870, los Patriarcas armenios, en su capacidad de cabezas reconocidas del millet armenio, habían presentado al gobierno otomano 537 memorandos (*takrir*)

en los que se detallaban las depredaciones en las provincias, incluyendo entre ellas el fraude a manos de los funcionarios, los secuestros, las conversiones forzadas, el bandolerismo, el asesinato, la negación de las prácticas religiosas, incluyendo los ritos de entierro y funeral, y los impuestos confiscatorios.

Pocos años después del Tratado de París se produjeron masacres de cristianos en Damasco en 1860, pero pronto las atrocidades búlgaras iban a agitar la conciencia del mundo después de que William Gladstone en su folleto «The Bulgarian Horrors» denunciara la barbarie de los turcos que habían asesinado a 20.000 inocentes búlgaros, hombres, mujeres y niños. Como resultado de estas atrocidades el Protocolo de Londres de 31 de Marzo de 1877 adoptó una nueva línea:

Las potencias que han emprendido la pacificación de Oriente reconocen que el medio más seguro para lograr el objetivo que se han propuesto, y para reafirmar conjuntamente el común interés que tienen en la promoción de los derechos de la población cristiana de Turquía /.../ Si sus esperanzas se vieran frustradas de nuevo, y la condición de los súbditos del Sultán no mejorara, para prevenir las complicaciones que periódicamente inquietan la tranquilidad de Oriente, piensan que su deber es declarar que tal estado de cosas sería incompatible con sus intereses y los de Europa en general...

Los rusos perdieron la paciencia y declararon la guerra a Turquía en abril. El ejército ruso llegó a Adrianópolis el 28 de enero de 1878 y a las afueras de Constantinopla (San Stefano) el 31 de enero. Pasaron semanas antes de que, el 3 de marzo, se firmara el Tratado de San Stefano entre Rusia y Turquía. La población cristiana esperaba que el nuevo tratado articularía lo que el anterior tratado de 1856 había archivado de modo tan diplomático. Por primera vez los armenios iban a ser mencionados en un tratado internacional que comprometía a Turquía.

En algunas mentes armenias se había abierto paso la idea de que los turcos podrían repetir las atrocidades búlgaras en otras partes del Imperio, en especial en las provincias armenias, y que en un momento tan propicio había que adoptar medidas preventivas y protectoras con el fin adelantarse al peligro. Por otra parte, los plenipotenciarios rusos insertaron un artículo (el núm. 16) en el Tratado de San Stefano condicionando su evacuación de las provincias armenias a que se introdujeran reformas en las mismas.

A medida que se iban desarrollando los hechos el Patriarca armenio, Nerses, envió a dos eminentes miembros de la comunidad armenia para entrevistarse con los rusos. Es evidente que la llegada de estos hombres no podía ser fortuita y el gobierno turco podía tener buenas razones para enviarles con el supuesto encargo oficial

de repatriar a los soldados turcos heridos. Los dos representantes armenios fueron presentados ante el Gran Duque y repitieron ante él los datos geográficos y demográficos de las seis provincias armenias. Se celebraron posteriores entrevistas con el conde Ignatiev y es posible que fuera durante esas conversaciones cuando se introdujeran los términos del citado art. 16 del Tratado, presentados ante los delegados turcos. Parece que todo lo que se escribió fue hecho sin gran convicción puesto que se hacía evidente que los otros signatarios del Tratado de París pronto harían oír sus voces. No mucho después, la demostración naval de los británicos en el Mar de Mármara dejó claro que el Tratado de San Stefano iba a ser desafiado al menos por una potencia. Por un acuerdo secreto entre el Sultán e Inglaterra, conocido como la Convención de Chipre, firmada el 4 de junio, Turquía recibía garantías formales con relación a la nueva frontera que iba a tener con Rusia, y se permitía que Inglaterra ocupara la isla de Chipre.

Se organizó una conferencia internacional en Berlín y el gobierno turco autorizó que el Patriarca armenio enviara una delegación a la misma, con la condición de que su misión quedaría confinada a la formulación de quejas contra los kurdos, sin formular protesta alguna contra los turcos. Una delegación, presidida por un destacado dignatario eclesiástico, Khrimian Hairik, acudió a Berlín en donde el histórico Congreso incluyó en el Tratado un artículo (el núm. 61). El Tratado solo obligaba al gobierno otomano, en términos generales, a introducir 'mejoras' en las 'provincias habitadas por armenios', sin pedir ninguna garantía en absoluto.

Todos estos hechos, con sus repercusiones internacionales e internas, no dejaron de producir una seria crisis dentro de los círculos armenios oficiales de la capital y entre los armenios había una gran división de opiniones. Por una parte se elevaba el grito que pedía que se presionara con fuerza para la aplicación inmediata del artículo 61 con el fin de mantener vivas las aspiraciones armenias, en tanto que, por otra parte, se sentía que era preciso cultivar unas relaciones más amistosas y sumisas con el gobierno. El Patriarca Nerses, atrapado en el dilema, vacilaba pero acabó por unirse a la idea de un entendimiento más próximo con los turcos con el fin de prevenir conflictos más graves en el futuro.

Faltaba por ver si se truncaría la esperanza de lograr el gracioso apoyo de la Puerta, pero la atmósfera general se había deteriorado y los armenios iban a tener que vivir con mayores ansiedades que en el pasado. Y ahora parecía que, tras siglos de anuladora ocupación turca, los armenios se habían convertido en un mero peón del tablero internacional.

Después del congreso de Berlín la mejora se convirtió en letra muerta. Una nota colectiva de las seis potencias se lo recordó al gobierno otomano, que dio la callada por respuesta.

Las imaginarias implicaciones territoriales de la continuación de las reformas armenias habían alarmado a los turcos hasta tal punto que pensaban en dichas reformas como en un peligro de magnitud existencial. En este momento la demografía comenzó a tener un crucial significado. Las reformas armenias eran anatema en la medida en que afectarían a los intereses vitales turcos y, en consecuencia, se precisaban medidas draconianas para hacerlas inaplicables. La adopción de dichas medidas fue llevada a cabo por etapas. La inicial, quizás la más consecuente, procedió a la reestructuración de los distritos, mediante la cual los armenios fueron reducidos, de modo contundente y metódico, a minorías numéricas en la nueva estructuración de las seis provincias. Se separaron y se unieron distritos y también se crearon distritos nuevos, con vistas a una reordenación de los límites provinciales que convertiría a los armenios en una minoría en todos ellos. Los límites de ciertas provincias en las que había una gran concentración de armenios fueron dibujados de nuevo por el procedimiento de arrancar de esas provincias partes de los territorios que contenían una gran densidad de población armenia, vinculándolos a otros que estaban sólo, o mayoritariamente, constituidos por población musulmana. Aunque en algunos casos el recurso al fraude electoral estaba marcado por preocupaciones administrativas de tipo práctico, un examen atento del modelo global de la nueva redistribución por distritos hecha en la Turquía oriental apunta a unos objetivos políticos subyacentes que comportaban drásticos cambios demográficos a expensas de los armenios. A través de estas medidas quedaba interrumpida la contigüidad de los grandes clústeres de población armenia, creando como consecuencia bloques de población armenia separados y desconectados. Todos estos esfuerzos por reducir a los armenios a minorías numéricas no estaban exentos de violencia.

La segunda fase se asocia con el envío de cientos de miles de refugiados y emigrantes musulmanes, procedentes fundamentalmente del Cáucaso ruso y de los Balcanes, refugiados enajenados llenos de odio anticristiano, que fueron reasentados principalmente en áreas densamente pobladas por los armenios, o en su entorno. La tercera fase pertenece a las épocas de las masacres (1894-96) que fueron en parte resultado del fracaso de los dos intentos mencionados anteriormente.

El gobierno turco era consciente de que el sentimiento de nacionalidad no puede fácilmente vivir sin un campesinado, y que si se consiguiera desarraigar de su tierra al campesinado armenio y conducirlo a las ciudades, o fuera del país, lograría en buena parte librarse de los armenios y de la cuestión armenia. El gobierno consintió y animó la usurpación de las tierras armenias por parte de los kurdos. Este proceso fue repetido en mucha mayor escala después de las grandes masacres de 1895-1896.

El sultán Abdul Hamid, que estaba completamente obsesionado con el tema de la Reforma Armenia y que estaba decidido a aplastar a los armenios, resucitó a los kurdos y, en consecuencia, deshizo deliberadamente la obra del sultán Mahmoud II. Los caciques kurdos volvieron a ocupar un lugar de favor y se les concedieron cargos militares otomanos; sus tribus fueron alistadas como escuadrones de la caballería territorial, se les dieron insignias de regimiento y fusiles modernos y sus restantes honorarios consistieron en tener mano libre para usar como gustasen de su estatus oficial y de sus armas oficiales contra sus vecinos armenios. Su papel fue equivalente al de los cosacos en Rusia —en algún momento contó entre 40.000 y 50.000 hombres a caballo—. Al mismo tiempo los armenios fueron desarmados de modo sistemático. Las condiciones de la vida cotidiana en las seis provincias armenias se habían deteriorado dramáticamente desde 1878. No es hasta 1885 cuando aparecen algunos signos de actividades políticas armenias basadas en la idea de nacionalidad y en la de libertad de acción para la preservación de la nación de los peligros que amenazaban su existencia.

Hacia 1890 aparecen dos partidos políticos armenios, pero su estructura en el momento de su formación era absolutamente diferente de lo que actualmente entendemos por un partido político. El primero en aparecer fue el partido Hentchak, fundado en 1887 por una plataforma política que correspondía a los partidos socialistas extremos de la Rusia del momento; en cuanto al partido Tashnak, que en su nombre completo significa 'Federación Revolucionaria Armenia» fue fundado en 1890 en Ginebra. El nombre que, de forma deliberada o no, parecía calculado para provocar la alarma en el gobierno, se derivaba del contexto ruso del momento, en donde los socialistas vinculados a distintas corrientes de opinión encuadrados en la Segunda Internacional se dieron a sí mismos apelaciones que inspiraban temor. La 'Federación Revolucionaria Armenia» tenía una connotación peculiar, pero solo en relación a la política interna rusa, en donde los armenios eran igualmente oprimidos, de otras maneras. Pero no debe leerse en esta denominación ninguna tendencia real a derrocar al gobierno turco; pero, desgraciadamente, el nombre mal elegido tuvo un papel importante en manos de las autoridades turcas cada vez que éstas necesitaron un pretexto para la masacre de los armenios.

De hecho, ninguno de los partidos políticos llevó a cabo ninguna espectacular acción revolucionaria similar a aquéllas por las que se hicieron famosos, por ejemplo, los nacionalistas balcánicos. Lo que lograron los revolucionarios armenios fue agitar el patriotismo armenio a través de la prensa. En conjunto, sin embargo, los llamados revolucionarios eran prudentes y su actitud fue de resistencia pasiva; componían cantos patrióticos sobre el malvado enemigo condenado a la perdición, que el público armenio cantaba clandes-

tinamente. Las imprudentes tácticas de intentar hacer creer a las autoridades que constituían un grupo numeroso eran poco inteligentes ya que, una vez que se descubría la estratagema, ésta era contraproducente. Para la inmensa mayoría de la población armenia el único objetivo realista eran las reformas que habían sido prometidas en un acuerdo internacional cuyos solemnes términos eran inconfundibles. El grueso de la población armenia era consciente de que nunca se podría lograr la independencia en unas condiciones en las que una combinación de musulmanes —kurdos, turcos— les superaban en número. Los turcos de forma deliberada habían construido la apariencia de un peligro mítico y de forma persistente habían acusado a los armenios de conspirar contra el gobierno.

En 1894 hubo una 'revuelta fiscal' en la ciudad de Sassoon que provocó una terrible represión por parte de las autoridades turcas. Esta revuelta era de carácter local y ha de ser vista a la luz de otras circunstancias locales en las partes más lejanas del imperio en las que aún perduraba la fuerza de las de las tradiciones locales que sobrevivían como anacronismo y en donde todavía se reconocía cierta autonomía a los pequeños caciques locales. La revuelta de los montañeses de Sassoon fue causada en realidad por una serie sucesiva de actos de violencia y persecución y por una exorbitante doble imposición, que terminó en una carnicería de armenios inocentes en la ciudad, mientras que la violencia se extendió por los territorios vecinos habitados por armenios, culminando finalmente en las calles de Constantinopla a finales de agosto de 1896, cuando se produjeron trágicas escenas ante la mirada de los diplomáticos extranjeros. Las masacres hamidianas de 1894-96 se abatieron sobre todas las provincias orientales. Estas masacres fueron limitadas en varios aspectos. Las víctimas fueron *a)* en su mayor parte varones con la exclusión, como regla general, de mujeres y niños de ambos sexos mientras que la masacre de Sassoon de 1894, y las de Estambul de 1895 y 1896, y las de diciembre de 1895 en la catedral de Urfa, en donde 3000 mujeres y niños fueron quemados, fueron las principales excepciones. *b)* En su mayor parte las víctimas procedían de centros urbanos; *c)* aquellos que fueron masacrados perdieron sus vidas en un tiempo relativamente corto, entre dos y cuatro días y *d)* fueron asesinados o quemados en sus lugares de residencia o negocio, o en sus cercanías. En otras palabras, no hubo deportaciones y masacres de alcance global ya que el propósito principal de estas masacres era la destrucción económica, cultural y psicológica a gran escala, mediante una serie de masacres selectivas. No obstante, es claro que las masacres no carecían de un propósito subsidiario, como un esfuerzo tentativo que retrospectivamente puede ser caracterizado como un ensayo previo del cataclismo que tendría lugar en 1915-1918.

El éxito de la ejecución de las masacres, que se produjeron sin ninguna resistencia significativa por parte de la población victimi-

zada y sin el más mínimo intento de intervención de parte de las potencias, demostró la decisiva importancia de las relaciones de poder y, de forma más precisa, de la sustancial disparidad de dichas relaciones. Fue marcada por la ausencia total de castigo político o legal contra los perpetradores, ni desde dentro, ni desde el exterior. El fracaso consiguiente de las potencias para movilizar y aplicar una justicia penal preparó el terreno para el genocidio de la Primera Guerra Mundial.

Uno de los éxitos diplomáticos de Abdul Hamid fue que se las arregló para mantener a las grandes potencias en un estado de celoso equilibrio. El gobierno británico fue el único gobierno que intentó presionar a los turcos para que desistieran. En Alemania la consigna fue que las masacres habían sido una invención británica hecha con un propósito político, y poco después el emperador alemán envió su retrato a Abdul Hamid como un cumplido.

El 26 de agosto de 1896 un grupo de nacionalistas armenios, en un intento de llamar la atención sobre la amplitud de las masacres, improvisó, sobre la marcha, un golpe de mano asaltando las oficinas centrales del Banco Otomano de Constantinopla. Tras esto se produjo una terrible masacre que, a lo largo de 36 horas seguidas, costó la vida a 6000 armenios habitantes de Constantinopla. Lo que al final aparece es que el fracaso otomano para llevar a cabo la reforma en las 'provincias armenias' no fue debido a la incompetencia, ni a la debilidad, administrativas, sino más bien al vivo deseo político de negar a los armenios el logro de las condiciones que estaban implícitas en dichas reformas. Esto queda claro en algunos testimonios contemporáneos como el de Paul Cambon, el veterano embajador francés de Estambul, que escribe: «Un oficial turco de alto rango me dijo 'la cuestión Armenia no existe, pero la crearemos'... Simplemente anhelan reformas y solo sueñan con una administración normal bajo el gobierno otomano... Las exacciones de los oficiales siguen siendo escandalosas, desde un cabo del imperio al otro, hay una corrupción rampante entre los oficiales, ausencia de justicia e inseguridad de la vida... el movimiento revolucionario armenio despegó... como si no fuera bastante para provocar el descontento armenio, los turcos lo amplificaron a placer por el modo en que lo manejaron»³.

Bajo Abdul Hamid la masacre emergió como un instrumento viable de política estatal para diezmar a una población minoritaria y

³ Archivos Diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, *Documents Diplomatiques Français 1871-1900*, vol. 11, doc. núm. 50, 1947, págs. 71-74. Véase también el informe del 20 de febrero de 1894, *Livre Jaune. Affaires Arméniens. Projets de Réformes dans l'Empire Ottoman 1893-1897*, doc. núm. 6, 1897, págs. 10-13.

resolver el conflicto con ella. Como afirmó William Langer, el desaparecido historiador de la universidad de Harvard, en la conclusión de su estudio sobre el problema, «era perfectamente obvio que el Sultán estaba decidido a terminar con la cuestión armenia exterminando a los armenios»⁴.

George Hepworth dirigió una investigación de dos meses. En 1898 Hepworth presentó un sumario de sus hallazgos: «Durante mis viajes por Armenia me he ido convenciendo cada vez más profundamente de que el futuro de los armenios es extremadamente oscuro. Puede ser que la mano de los turcos se vuelva atrás por miedo a Europa pero estoy seguro que el objetivo de los turcos es el exterminio y que perseguirán tal objetivo cuando se les ofrezca la oportunidad. Ya se han acercado mucho a su cumplimiento pues los armenios hoy son un pueblo empobrecido, desasistido y desesperado»⁵.

Las masacres hamidianas segaron las vidas de más de 200.000 armenios; 50.000 armenios huyeron traspasando las fronteras y en la década siguiente 100.000 armenios huyeron de Europa hacia los Estados Unidos.

Como se dijo más arriba, en ningún momento se produjo ninguna intervención, por parte de nadie, en ninguno de los episodios de masacres contra los armenios. En vez de esto lo que se dió fue una constante acumulación de protestas en voz alta, de notas y memorandos diplomáticos que contenían amenazas veladas, así como una agitación pública que se volcaba sobre el ángulo del enfrentamiento entre musulmanes y cristianos en el conflicto. Los armenios otomanos no tenían una Madre Patria con la que los Otomanos pudieran, o debieran, tratar, ni se consideraba que tuvieran una superior significación estratégica o económica en relación con los intereses nacionales de estas potencias.

El oportunismo de la política de equilibrio de poderes y la maquiavélica diplomacia del Sultán, que se había convertido en un perfecto adepto al juego de enfrentar a una gran potencia contra otra, tuvieron como resultado el que la cuestión armenia se archivara en un momento en que la agitación política en la isla de Creta iba a conducir muy pronto a una corta guerra entre Grecia y Turquía que llevó a las fuerzas turcas hasta Atenas. Las preocupaciones europeas iban a dar un giro. Había caído la cortina sobre el primer acto del drama armenio.

⁴ William Langer, *The Diplomacy of Imperialism 1890-1902*, 2 vols., Nueva York, Alfred A. Knopf, 1968, 1: 203.

⁵ George H. Hepworth, *Through Armenia on Horseback*, Nueva York, Dutton, 1898, págs. 146-147.

DEL OTOMANISMO AL TURQUISMO

El movimiento de los Jóvenes Turcos derrocó a Abdul Hamid en 1908. Predicaban las doctrinas de la Revolución Francesa —tolerancia religiosa, abolición de los privilegios de casta, igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, gobierno constitucional a través de un gobierno representativo—. Pero cuando llegaron al poder apenas trataron de poner en práctica estas doctrinas. Al contrario, el Otomanismo estaba dando paso al Turquismo. Se aprobó un ley en el Parlamento que hacía de la lengua turca el idioma universal y obligatorio en la segunda enseñanza. La terrible masacre de Adana (30.000 víctimas), que tuvo lugar menos de un año después de que se hubiera proclamado la Constitución podía haber desalentado el entusiasmo armenio pero, en 1912, cuando los turcos luchaban por su supervivencia, los armenios les mostraron su lealtad. Es decir, que tanto en la guerra como en la paz, tanto en el ejército como en el parlamento, los armenios trabajaron a favor de la salvación del estado otomano, desde la llegada de los Jóvenes Turcos en 1908 hasta su intervención en la guerra europea de 1914.

Pero la agenda política de los Jóvenes Turcos era diferente. En un discurso pronunciado ante una reunión secreta de los notables de CUP (Comité de la Unión y el Progreso) en Salónica el 6 de agosto de 1910, su líder más destacado, Mehmet Talat, desdeñosamente rechazó la idea de igualdad con 'los ghiaurs', para usar sus propias palabras, con el argumento de que se trataba de «un ideal irrealizable desde el momento en que va contra la Sharia y contra los sentimientos de cientos de miles de musulmanes»⁶. En un ensayo de la época de la guerra titulado «Los dos errores del Tanzimat», Ziya Gokalp, el sumo sacerdote de la ideología del CUP planteó un argumento de líneas similares al declarar que el Islam ordena el dominio y que los no musulmanes nunca pueden convertirse en iguales a los musulmanes a menos que éstos se conviertan y abracen al Islam. Esta marcha atrás desde el liberalismo y el constitucionalismo de los inicios era de hecho una réplica del anterior fracaso del movimiento de reforma del Tanzimat⁷ porque «nunca se logró una genuina igualdad»⁸. En consecuencia, los escalones más elevados del CUP pronto «giraron de la igualdad y la Otomanización a la Tur-

⁶ G. P. Gooch y Harold Temperley (ed.), *British Documents on the Origins of the War 1889-1914*, part 1, vol. 9, doc. núm. 181, 6 de septiembre de 1910, Report, Londres, His Majesty's Stationary Office, 1926, 208.

⁷ K. Duru, *Ziya Gokalp*, Estambul, 1949, 60-69.

⁸ Davison, «Turkish Attitudes», 848.

quización». Habiendo descartado toda pretensión de un otomanismo multiétnico, los líderes más omnipotentes del partido Ittihad, como Ziya Gokalp, expresaron abiertamente el deseo de la anhelada tierra de Turan. La necesidad de superar y de obliterar de una vez por todas este obstáculo geográfico-territorial sirvió como un estímulo auxiliar en la propensión de los ittadistas a optar por el genocidio contra los armenios.

Después de las dos guerras balcánicas, en otoño de 1912, se produjo una decisión conjunta de los líderes armenios, religiosos y políticos, para reactivar la durmiente cuestión de las reformas armenias que resultó en la formación de una delegación especial que trataría de buscar la intervención de las potencias europeas para la realización definitiva de dichas reformas. Esta decisión fue propiciada en parte por el fuerte deterioro de las condiciones de vida de la población armenia de las provincias. La empresa culminó en un nuevo acuerdo de reforma que entró en vigor el 8 de febrero de 1914. Las reformas a introducir en las provincias armenias consistían en ciertas medidas aplicables a las siete provincias; dos inspectores generales europeos, contratados por un período de 10 años, habían de ser elegidos por el gobierno turco entre una lista de candidatos propuesta por las grandes potencias, con autoridad para contratar a su vez, o para despedir, si era preciso, a los funcionarios subalternos. Los dos inspectores generales habrían de tener el derecho de disponer de la fuerza pública para la ejecución de las medidas adoptadas. La lengua armenia sería admitida en los procedimientos administrativos y judiciales; el servicio militar se cumpliría sobre una base regional bajo garantías de seguridad; el reclutamiento de los funcionarios civiles se efectuaría sobre el principio de igual trato para los musulmanes y los cristianos; la representación en los consejos municipales sería proporcional a la respectiva importancia de las poblaciones de las provincias. Pero dos de los aspectos del acuerdo probaron ser desastrosos para los armenios. En primer lugar, y por primera vez en la historia de las negociaciones internacionales sobre las reformas armenias, el CUP fue incitado, cuando no forzado, a aceptar el control y la supervisión europea en la tarea de la puesta en marcha de las reformas acordadas. En segundo lugar, los rusos, aplicando a la par flexibilidad y obstinación, jugaron un importante papel en la producción del acuerdo.

Con la firma de dicho acuerdo el conflicto turco-armenio entró en su fase más crítica. Los rusos, la némesis histórica de los otomanos y de los armenios, una persistente fuente de inquietud y peligro para el imperio, fueron vistos en un nuevo marco de referencia —la confluencia de las dos mayores amenazas que provenían tanto del interior como del exterior—. El resultado fue la adopción de una nueva política de nacionalidades tomando a los armenios como blanco prioritario. El imperio iba a ser purgado de un modo

u otro de los elementos no musulmanes, y la liquidación de los armenios, a la primera oportunidad que se presentara, era una parte central de este objetivo.

El 2 de agosto de 1914 Turquía decretó la movilización general. Como resultado, el grueso de los varones armenios útiles, 400.000 jóvenes, fueron admitidos en el ejército turco. Hans Humann, el Agregado naval alemán en la capital otomana, desveló que varias semanas antes de que Turquía entrara en guerra los armenios y los griegos eran segregados en batallones de trabajo. De hecho, el desarme de los soldados armenios, que comenzó muy poco después de la movilización, así como su aislamiento en los 'batallones de trabajo', preparó el camino para la puesta en marcha de lo que era un plan predeterminado de exterminación.

A mediados de 1915 la masacre de los soldados armenios estaba en plena efervescencia. Como escribió Pomiankowski «la masacre de los armenios útiles sirvió para dejar indefensa al resto de la población (*wehrlos zu machen*)»⁹. La ejecución en masa de decenas de miles de soldados armenios por soldados y oficiales que eran sus compañeros dentro de una única organización militar, es un acto de perpetración que raramente puede encontrarse en la historia moderna. A comienzos de enero, a medida que aumentaba el número de tropas y navíos de guerra aliados que llegaban a Galipoli, el gobierno de los Jóvenes Turcos inició sus drásticas medidas encaminadas a una solución final de la cuestión armenia.

En la noche del 24 de abril de 1915, 300 destacados intelectuales armenios que residían en Constantinopla fueron detenidos y enviados a la muerte. En mayo de 1915 el gobierno turco aprobó el proyecto de la Ley de Deportación Temporal. El Gran Visir la aprobó el 13 de mayo y, al día siguiente, el 14 de mayo, se promulgó la ley a través de la prensa, aunque las medidas de deportación habían sido puestas en marcha ya semanas antes.

Con el pretexto de que en las fronteras orientales, en donde vivía la mayor parte de los armenios, éstos podían actuar como una potencial 'quinta columna', la población armenia formada por mujeres, niños y ancianos, recibió la orden de trasladarse hacia destinos no especificados y con un escaso margen de tiempo. Entre abril y septiembre, en un tiempo relativamente corto, 1 millón de armenios fue sistemáticamente asesinado en esas marchas de la muerte. Parece que el último destino era el desierto sirio, específicamente Alepo. Cuando las autoridades turcas vieron que quedaban cerca de medio millón de supervivientes los reenviaron hacia el desierto

⁹ Pomiankowski, *Der Zusammenbruch*, núm. 31, pág. 160.

de Deir Zor. Allí, bandas de delincuentes, preparadas por las autoridades otomanas y formadas en su mayor parte por chechenios y circasianos, asesinaron a cerca de 300.000 armenios. Los desiertos de Deir Zor se convirtieron en los mayores cementerios de los deportados armenios.

Henry Morgenthau, embajador americano en Turquía (1913-16), dedicó a la tragedia armenia varios capítulos de su libro *Secretos del Bósforo*, que alcanzó nueve ediciones. Cuenta Morgenthau cómo «durante toda la primavera y verano de 1915 tuvieron lugar las deportaciones. En las grandes ciudades solo quedaron a salvo Constantinopla, Esmirna y Kutaya; prácticamente todos los demás lugares en donde habitara una familia armenia se convirtieron en escena de estas indecibles tragedias.../ En algunos pueblos se pusieron carteles ordenando a toda la población armenia que se presentara en la plaza pública en un momento señalado, normalmente uno o dos días después, y en otros lugares el vocero de la ciudad iba por las calles gritando la orden. Hubo otros sitios en los que no se dio el más mínimo aviso. Los gendarmes se presentaban ante el hogar armenio y ordenaban a todos los residentes que les siguieran. Tomaban a las mujeres ocupadas en las tareas domésticas sin darles la oportunidad de cambiarse de ropa. La policía caía sobre ellos como la erupción del Vesubio sobre Pompeya; las mujeres eran arrancadas de los lavaderos, los niños sacados de sus camas, el pan quedaba a medio cocer en el horno, la comida de la familia quedaba abandonada a medio comer, los niños eran sacados de las escuelas dejando los libros abiertos en la tarea del día, los hombres eran obligados a abandonar su arado en los campos y su ganado en la montaña. Incluso las mujeres que acababan de dar a luz eran forzadas a abandonar sus lechos y unirse al aterrorizado grupo, con sus pequeños dormidos en los brazos. Todo lo que podían llevarse de sus pertenencias domésticas eran las pocas cosas que conseguían coger al vuelo, con las prisas del momento, un chal, una manta, quizás algunos trozos de comida. Ante su pregunta llena de miedo, '¿Adónde nos llevan?' los gendarmes respondían con una sola frase: 'Al interior'»¹⁰. Morgenthau sigue exponiendo cómo

cuando se daba la señal para que las caravanas se movieran, de modo casi invariable, éstas estaban formadas por mujeres, niños y ancianos. Se había destruido a todo aquél que hubiera podido darles protección frente al destino que les esperaba. No era infrecuente que el alcalde de la ciudad les deseara un "buen viaje" cuando la masa echaba a andar. Antes de esto no era raro que se

¹⁰ Henry Morgenthau, *Secrets of the Bosphorus*, Londres, Hutchinson Co., 1918, págs. 203-205.

ofreciera a las mujeres la alternativa de convertirse al Islam'. Aunque aceptaran la nueva fe, lo que muy pocas hicieron, no por ello terminaban sus cuitas. Los conversos eran obligados a entregar a sus hijos a un llamado 'orfanato musulmán' con el acuerdo de que allí serían educados como devotos seguidores del Profeta¹¹.

Algunas caravanas nunca llegaron a la siguiente ciudad. Leslie Davies, que sirvió como cónsul estadounidense en Karpert escribió en sus Memorias: «Comenzamos hacia las 4 de la mañana un día de finales de septiembre. Tomamos la carretera de Diarbekir y tratamos de escaparnos sin que se dieran cuenta. Había cadáveres incluso en las afueras de la ciudad y seguimos viéndolos a lo largo de la carretera. Habían sido cubiertos con unas pocas paladas de basura, en vez de ser enterrados, ya que a los policías les era más fácil esto que cavar fosas. El resultado es que casi en todos los casos se podían ver, asomando por encima del suelo, brazos, piernas e incluso cabezas. Muchos habían sido parcialmente devorados por los perros. Luego giramos hacia el norte y seguimos rodando unas dos horas a lo largo del lago. En muchos de los valles había cadáveres y desde la cima de las colinas que se extendían entre ellos vimos cientos de cuerpos y muchos huesos en el agua. Se rumoreaba que mucha de la gente que había sido llevada allí había muerto tras ser arrojada por los policías desde lo alto de la cima. Lo que vimos confirmó el rumor. En algunos valles había sólo unos pocos cuerpos, pero en otros había más de mil. Uno de los primeros cadáveres que vimos fue el de un anciano con una blanca barba, cuyo cráneo había sido aplastado por una gran piedra que aún permanecía en él.../ En otros muchos de los valles que cruzamos había cabezas sobresaliendo de la arena de la orilla del lago y cuerpos sin enterrar por doquier.../ Una cosa notable acerca de los cuerpos que vimos era que casi todos estaban desnudos. Se me informó que la gente fue forzada a quitarse la ropa antes de ser asesinada, ya que los musulmanes consideran que las ropas de un cadáver están contaminadas. Muchos cuerpos presentaban heridas de bayoneta, generalmente en el abdomen o el pecho, a veces en la garganta. Otra cosa notable era que casi todas las mujeres estaban tumbadas de frente y mostraban bárbaras mutilaciones por la bayoneta de los policías, heridas que probablemente habían sido hechas en muchos casos después de que las mujeres murieran»¹².

Lo que sigue es lo que vio en el desierto de Dir Zior Eitan Belkind, un soldado judío del ejército otomano:

¹¹ *Ibíd.*

¹² Leslie Davis, *The Slaughterhouse Province*, Nueva York, Caratzas, 1989, páginas 80-81.

Un soldado circasiano ordenó a los armenios que juntaran cardos y espinos y que los apilaran en una gran pirámide. Después ataron por las manos a todos los armenios que estaban allí, casi 5000 almas, cercándolos como un anillo en torno a la pila de cardos y espinos y prendiéndoles fuego en una llamarada que subió hasta los cielos junto con los gritos de los desdichados que fueron quemados hasta la muerte. Huí del lugar porque no podía soportar semejante visión. Azoté al caballo para que galopara con todas sus fuerzas y después de una loca carrera de dos horas todavía podía seguir escuchando sus lastimosos gritos, hasta que volví al lugar y ví los cuerpos abrasados de miles de seres humanos¹³.

Sobre el carácter premeditado de las medidas turcas existen fuentes primarias de primera clase: los archivos estatales de la Alemania Imperial y del Imperio Austro-Húngaro, los dos aliados bélicos del Imperio Turco. Durante la guerra, Alemania y Austria-Hungría contaban con una amplia red de embajadores, cónsules y representantes militares y comerciales a lo largo de todo el Imperio Otomano. No sólo tenían acceso a los oficiales de alto rango y a los centros de decisión otomanos sino que estos representantes también se encontraban en una posición que les permitía informar a sus superiores, como observadores sobre el terreno, de muchos de los aspectos del trato que durante la guerra se estaba dando a los armenios otomanos. Complementaron sus informes con tantos detalles como pudieron reunir de informadores cualificados y de agentes pagados, muchos de los cuales eran musulmanes, tanto civiles como militares.

El testimonio más explícito no procede de otro que Richard Kühlmann. Después de haber servido como emisario especial en la embajada alemana en otoño de 1914 y como embajador entre noviembre de 1916 y julio de 1917 y antes de convertirse en el ministro de Exteriores alemán, Kühlmann preparó un largo informe confidencial para el canciller alemán Bethmann Hollweg en el que analizaba el destino de los armenios otomanos durante la guerra. En su informe, Kühlmann hablaba de «la aniquilación de los armenios que se estaba realizando en gran escala» (*die in grossem umfange durchgeführte Armeniervernichtung*). Añadía que esto era resultado de una «política de exterminación» (*Ausrottungspolitik*) que, explicaba, había cristalizado en relación con «las actividades separatistas de los armenios» en un momento en que Turquía estaba próxima al colapso debido a la guerra balcánica de 1912 (*während des Balkankrieges, als die Türkei dem Zusammenbruch nahe schien*). Esta política, sostenía a continuación, era debida a «un cambio de

¹³ Yair Auron, *The Banality of Indifference*, New Brunswick, Transaction Publishers, 2000, pág. 183

política y a la total victoria de la dirección nacionalista turca en los consejos del CUP»¹⁴. En sus Memorias de posguerra el vicemarliscal austrohúngaro Joseph Pomiankowski que sirvió como plenipotenciario militar en la capital otomana durante el período 1908-18 y que durante la guerra fue agregado al cuartel general otomano, y que entendía el turco, confirmó su tendencia de preguerra a favor del exterminio. Se refería a las «espontáneas declaraciones de muchos turcos inteligentes» que culpaban a los viejos regímenes por no haber resuelto de forma decisiva el problema del separatismo «ya fuera convirtiendo forzosamente al Islam a los súbditos cristianos, o exterminándolos (*ausrotten*). A la luz de esta visión tan extendida no puede haber dudas de que el gobierno de los Jóvenes Turcos (CUP) ya había decidido antes de la guerra utilizar la primera oportunidad que se le presentara para rectificar, al menos en parte, este error». Pomiankowski concluía entonces que «la destrucción del pueblo armenio era un medio para eliminar de una vez por todas cualquier posibilidad de que se estableciera la Gran Armenia bajo la tutela de Rusia»¹⁵. Una confirmación similar es la que hace Max Erwin Scheubner-Richter, un capitán de reserva con el título de vice-cónsul en Erzurum. Junto con el orador y destacado líder del CUP, Ömer Naci, Scheubner-Richter sirvió como co-comandante de una fuerza expedicionaria cuya misión era penetrar en Irán y Azerbaiján para dirigir allí operaciones de guerrilla contra Rusia. Antes de dejar su puesto para volver a Alemania, Scheubner-Richter preparó un extenso informe para el canciller alemán. Refiriéndose a una serie de conversaciones con turcos «influyentes y preparados» envió a Berlín el juicio siguiente: «el final (*Erledigung*) de los armenios formaba parte de un programa pre-existente diseñado por los líderes Unionistas. El plan es reconstruir el imperio sobre una base estrictamente islámica y panturca. Un gran número de dichos líderes creen que los habitantes no musulmanes del Imperio tienen que ser forzosamente islamizados y turquificados y, cuando esto no sea posible, han de ser destruidos... La liquidación de los armenios, para la que esta [guerra] representa, en opinión de dichos caballeros, la ocasión más propicia (*die geeigneteste*), era la primera parte del programa»¹⁶.

Quizás la confirmación más significativa de la premeditación y de la ejecución operativa del premeditado plan procede del coro-

¹⁴ A. A. Turkei, 183/46, A5919, o R14095. Copias de este Informe de 16 de febrero de 1917, se encuentran también en 181 secr. Band 2, and 161 Band 5.

¹⁵ Joseph Pomiankowski, *Der Zusammenbruch des Osmanischen Reiches*, Graz, Austria, Akademische Druck-und Verlagsanstalt, 1928/1969, 162-63.

¹⁶ A. A. Turkei, 183/45, A33457; también en Bokon, 174, fol. 53, R14094 en el nuevo sistema, Informe del 4 de diciembre de 1916.

nel Stange. Al igual que Scheubner-Richter, Stange era un participante destacado en las operaciones de guerrilla contra los rusos y como tal tuvo ocasión de observar personalmente sobre el terreno el proceso exterminador. Se encontraba a cargo del 8º Regimiento de Infantería del 10º cuerpo del Tercer Ejército otomano cuyos cuadros estaban formados por un gran número de antiguos delincuentes encuadrados en una muy conocida organización especial (*Teskilati Mahsusa*). Behaeddin Sakir, jefe administrativo y cerebro del brazo oriental de esta organización sirvió durante un tiempo a las órdenes del comando de Stange como jefe de la guerrilla y Stange llegó a conocerle bastante bien. Para facilitar el contacto con la gente de su entorno Stange fue presentado por la Dirección de la organización especial como un musulmán de nombre Ibrahim Bey. En el informe «secreto» sumario que presentó a la misión militar en Turquía fechado el 23 de agosto de 1915, Stange, que escribía desde el cuartel general del Tercer Ejército otomano en Erzurum, hacía una sinopsis sobre el alcance general y los mecanismos del proceso. En este largo informe —ocho páginas de tamaño legal— afirmaba que las medidas de exterminio estaban llevándose a cabo de acuerdo con «un plan concebido hace tiempo» (*einen lang gehegten plan*). Seguía diciendo que estas medidas de «expulsión y aniquilación» (*Austreibung und vernichtung*) eran el resultado de una decisión tomada por «el joven Comité Turco en Estambul»¹⁷.

Una de las características más destacadas de muchos de los informes enviados a Berlín y a Viena desde distintos puestos diplomáticos y militares en la Turquía del período bélico es su recurrente uso del tema de la 'cuestión armenia'. En estos informes la suerte de los armenios se explica, no tanto en términos de 'provocaciones armenias' en tiempos de guerra y de contraofensivas otomanas, cuanto en términos que hablan de resolver la cuestión armenia. En lo que se refiere a su origen y evolución, los informes se apoyan más en el contexto de preguerra que en el relacionado con la situación bélica. En esta perspectiva, un hecho que el historiador británico Arnold Toynbee caracterizaba como una catástrofe que «devastó el Próximo Oriente en 1915» es presentado por la mayoría, más que en términos de una serie de factores coyunturales que lo precipitan, en los de la historia de un largo conflicto que antecede en varias décadas al momento concreto de la Primera Guerra Mundial. Dicho de forma más concreta, las medidas antiarmenias de tiempos de guerra serían un gran esfuerzo hecho por el gobierno para resolver, durante la guerra, tanto el largo conflicto turco-armenio como el tema de la reforma armenia que subyacía y estimulaba este conflicto que, para los otomanos, era enormemente provocador.

¹⁷ A. A. Bokon 170, registry núm. 3841.

Después de la revolución bolchevique las tropas rusas estaban sumidas en sus asuntos internos y el ejército turco aprovechó la oportunidad del vacío militar para marchar sobre la Armenia rusa. A pesar de su superioridad numérica no pudieron derrotar a la Armenia Caucásica. El ejército irregular armenio presentó una resistencia heroica y detuvo el avance de las tropas turcas y, el 28 de mayo de 1918, declaró la independencia de Armenia. Esta entidad independiente tuvo una corta vida de dos años, y fue derribada por los soviéticos en 1920. Después del armisticio y de la derrota de Turquía y Alemania los aliados dividieron los restos del desintegrado Imperio Otomano. Gran Bretaña consiguió su mandato sobre Irak y Palestina mientras Francia obtuvo el suyo sobre Líbano, Siria y Cilicia (Armenia Menor, actualmente el sur de Turquía). El gobierno francés, con el fin de contar con una población leal en Cilicia, repatrió a 200.000 refugiados armenios, supervivientes del genocidio, a los que prometió un Estado. Dos años después de 1920 el mismo gobierno francés llegó a un acuerdo secreto con Ataturk, que estaba entonces dirigiendo una guerra de guerrillas contra los aliados, y evacuó precipitadamente a los 200.000 armenios. En el proceso 25.000 armenios murieron a manos de los tucos en Hadjin, Marash y Aintab.

En enero de 1918 el presidente Wilson proclamó sus famosos Catorce Puntos que pretendían proporcionar una plataforma para conseguir la paz. El Punto XII de la proclamación, que el 8 de enero había adoptado la forma de un discurso pronunciado en la sesión conjunta del Congreso en Washington, se expresaba en los siguientes términos: «Ha de asegurarse una segura soberanía a las partes turcas del actual Imperio Otomano, pero las otras nacionalidades que se hallan ahora bajo el gobierno turco han de tener asegurada una indudable seguridad de vida y no se ha de impedir la oportunidad de que tengan un desarrollo autónomo. Los Dardanelos habrán de permanecer abiertos de forma permanente a la libre circulación de los navíos y el comercio de todas las naciones bajo garantías internacionales» Esto iba a convertirse en la famosa declaración de Wilson para Armenia. Pasados dos años el Senado americano, como parte de la política aislacionista de los Estados Unidos, echaría abajo el mandato.

Entre 1918 y 1920 se firmaron cinco tratados de paz. El Tratado de Versalles con Alemania se firmó el 28 de junio de 1919 y el Tratado de Sèvres con Turquía el 10 de agosto de 1920. Los artículos del Tratado relativos a Armenia estaban comprendidos entre los números 88 al 92. Turquía reconocía el Estado libre e independiente de Armenia con el cual sometería al arbitraje del Presidente de los Estados Unidos la cuestión de la frontera común en las provincias de Erzerum, Trebisonda, Van y Bitlis, entendido que los territorios que fueran transferidos serían unidos al área de Transcaucasia que ya estaba en posesión de la República de Armenia.

Los hechos que casi inmediatamente siguieron a la firma del Tratado (la soviétización de Armenia) hicieron innecesaria su ratificación, pero a pesar de dicha circunstancia, la cuestión de la validez moral del tratado se ha seguido planteando desde entonces.

En la historia de Oriente Próximo, el año 1924 marca el establecimiento de un nuevo orden político y la sustitución del Tratado de Sèvres por el Tratado de Lausana, firmado tres años más tarde. El delegado de Turquía en la Conferencia era el General Ismet, que se presentó como un victorioso soldado, llegado casi directamente desde el campo de batalla; era completamente consciente de que los aliados aceptarían incondicionalmente todas las demandas turcas. Su tarea era perfectamente simple y cuando se sugirió que Turquía debería ser magnánima para con los armenios, replicó que sus problemas eran la responsabilidad de las grandes potencias que, en el pasado, habían estimulado a los armenios a adoptar una actitud hostil hacia Turquía. Lord Curzon, el delegado británico en la Conferencia en una ocasión hizo algunas halagadoras consideraciones hacia el general, y se puede encontrar un toque de ironía en algunas de sus palabras: «Sabíamos que usted era un buen general, aquí hemos sido testigos de que es un buen diplomático, pero ignorábamos que usted fuera también un buen profesor de historia». Firmado finalmente el 24 de julio de 1923, el Tratado de Lausana marca el último capítulo conocido de los armenios de Turquía, dos millones y medio en 1915. Hoy hay en Turquía unos 50.000 armenios, de los que la mayoría vive en Estambul.

Los artículos 37 al 45 del Tratado de Lausana que se refieren a las minorías étnicas de Turquía en general constituyen la única secuela legal de la cuestión armenia, reemplazando de modo muy inadecuado los antiguos privilegios de los Patriarcados. No solo Turquía fue tácitamente exonerada de pagar compensaciones bajo los términos del Tratado, sino que incluso logró un considerable provecho económico por el mero hecho de que los armenios que habían abandonado el país fueron víctimas de las medidas promulgadas por una legislación especial turca que les privó de sus propiedades. Se trataba de un caso de pura y simple confiscación. *Vae victis* epitomiza la conspiración del silencio observada por los restantes signatarios del Tratado que en la historia de los documentos diplomáticos puede que sea el más humillante jamás sufrido por las grandes potencias, que se permitieron a sí mismas el dudoso lujo de debilitar su vigilancia. Poblaciones tan antiguas como las de Ionia, Pontus y Armenia —cuya presencia había sido constante durante milenios—, expiraron en el curso de unos pocos años.

Además de la enorme pérdida de vidas armenias, la tierra histórica de Armenia quedó vacía de su población nativa. Cientos de monumentos históricos fueron sistemáticamente destruidos. William Dalrymple da testimonio de esta destrucción en su famoso li-

bro, *From the Holy Mountain*: «Un estudio hecho en 1974 sobre los 913 edificios cuya localización era todavía conocida encontró que 464 habían desaparecido por completo, 252 se encontraban en ruinas y solo 197 continuaban más o menos en pie. Desde entonces la condición de la mayoría de éstos continuaba deteriorándose de forma dramática. Muchos de los que aún seguían en pie en 1974 comenzaban a derrumbarse y algunos de los edificios más hermosos habían colapsado y habían desaparecido por completo»¹⁸. La destrucción sistemática o la deliberada negligencia de los monumentos armenios está de acuerdo con la versión turca de que las áreas armenias estaban escasamente pobladas. Lo cierto es que si existen monumentos en el paisaje los visitantes pueden preguntarse sobre los antiguos habitantes de esa tierra.

Todavía hoy, después de ochenta y ocho años, la Turquía moderna niega el hecho del genocidio. Sus argumentos son los de la «deportación» y «reasentamiento». Sostienen que el grueso de las pérdidas de armenios fueron el resultado de las serias penurias derivadas de la mala administración de las medidas de deportación, incluyendo el agotamiento, la enfermedad, el hambre y las epidemias. En otras palabras, lo que sostienen es que el Imperio Otomano estaba inmerso en una guerra existencial y no tenía otra elección más que la de autoprotegerse recurriendo a métodos drásticos; por lo tanto, el trágico destino de los armenios ha de ser entendido en el contexto de las extremas condiciones de la Primera Guerra Mundial. Está luego el argumento de que si se produjeron atrocidades éstas fueron recíprocas. Los armenios mataron a los turcos, los turcos mataron a los armenios: una especie de guerra civil. En cualquier definición 'guerra civil' supone el colapso de la autoridad central y el consiguiente vacío de poder. Como resultado, las facciones comienzan a luchar unas contra otras en ausencia de una autoridad central. Antes de que el genocidio fuera puesto en práctica las autoridades de los Jóvenes Turcos Otomanos disolvieron el Parlamento otomano. Después declararon la ley marcial, lo que significó un control total de los movimientos, una censura que aislaba las provincias unas de otras, un control total de la comunicación, y la amenaza de un rápido y severo castigo militar y, por supuesto, la movilización del Servicio Secreto.

La característica más importante de la futilidad del argumento de la 'guerra civil' es el siguiente hecho: el 2 de agosto de 1914, tres días antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, las autoridades otomanas decretaron la movilización general y, como resul-

¹⁸ William Dalrymple, *From the Holy Mountain*, Londres, Harper-Collins, 1997, págs. 84-85.

tado, todos los armenios ciudadanos de Turquía, comprendidos entre los 20 y los 45 años, fueron llamados a filas por el ejército otomano. Uno puede imaginar la agonía y los sentimientos petrificados de la población armenia restante, formada por ancianos, mujeres y niños, muy conscientes de las recientes masacres de 1909 en Adana y que todavía podían recordar las terribles masacres de 1894-1896. Había terror en la población y no cabe imaginar que este conjunto de ancianos, mujeres y niños pudieran ni siquiera pensar en enfrentarse con el ejército otomano.

Se ha dicho que la negación es la última fase del genocidio. Tras la destrucción física de un pueblo y de su cultura material, es la memoria lo único que le queda. La memoria es la víctima final amenazada.

La negación, presentada bajo la apariencia de un debate historiográfico, es una estrategia frecuentemente utilizada. En el caso armenio, la negación y la racionalización como ataque a la verdadera y honesta representación del pasado, han sido institucionalizadas por el gobierno, por las agencias que lo apoyan, por sus influyentes colaboradores políticos y académicos y, por extensión, por sus poderosos aliados militares y sus socios económicos.

Según los negacionistas, las historias sobre los asesinatos en masa intencionales se basan en la propaganda de los tiempos de guerra hecha con el propósito de influir a la opinión pública contra el enemigo. Los negacionistas y racionalizadores del genocidio tratan de mostrar que las víctimas no estaban exentas de culpa y que las medidas de seguridad tomadas por el Estado no eran diferentes de lo que habían hecho antes otros gobiernos asediados, y de lo que posteriormente hicieron. Es imperativo para quienes niegan el genocidio hacer parecer que no hubo intento de eliminar al grupo amenazado. Los horrores de la guerra afectan a todos los elementos de la población, no solo a un grupo, afirman. Por ello, en tiempos de tan masiva conmoción no puede haber distinción entre presunta víctima y perpetrador.

Los intentos de negar los hechos son fundamentales en el caso armenio. Ya en 1919, Talaat Pasha, desde su lugar de escondite en Berlín, escribió:

Admito que deportamos a muchos armenios de nuestras provincias orientales, pero nunca actuamos en este tema según un esquema previamente preparado. La responsabilidad de estos actos cae en primer lugar sobre el propio pueblo deportado¹⁹.

Gürün, el apologista turco, secundado por el apologista americano McCarthy, mantiene que el término de 'deportación' es incorrecto y

¹⁹ Talaat, *Memoirs*, pág. 294

que hay que hablar, más bien, de 'recolocación'. Una característica común en la negación del genocidio es la manipulación y el cuestionamiento de las estadísticas. Sus asimétricos cálculos están destinados a minimizar las cifras de las víctimas potenciales. En el caso de los armenios la cifra favorita avanzada por los turcos es de 300.000, que en su mayor parte habrían muerto de frío, agotamiento y epidemias.

Uno de los juegos favoritos de los negacionistas y racionalizadores es presentarse a sí mismos como los campeones de la verdad, como quienes se encuentran fuera de la estructura del poder establecido pero que tienen el coraje de desafiar a las influyentes fuerzas que durante decenios han desfigurado la realidad histórica. Apelan a un sentido de juego limpio y ponen el énfasis en lo importante y justo que es intentar entender y conocer el «otro lado» dentro de un legítimo debate. Su objetivo es atribuir al genocidio la categoría de una controversia. Este ha sido el objetivo de los revisionistas turcos.

A pesar de los persistentes intentos turcos, sus argumentos y sus motivos siguen siendo transparentes y superficiales. En febrero de 1996, más de un centenar de académicos y de figuras literarias suscribieron un manifiesto denunciando la negación del genocidio armenio en el que se afirma:

Quando los estudiosos niegan el genocidio su mensaje es: los asesinos realmente no mataron; las víctimas no fueron realmente asesinadas; el asesinato masivo requiere que no haya confrontación, pero debe ser ignorado. Los estudiosos que niegan el genocidio prestan su considerable autoridad a la aceptación de este crimen humano extremo. La negación del genocidio es el estadio final del genocidio: asesina la dignidad de los supervivientes y destruye la memoria del crimen. La negación del genocidio se esfuerza por reescribir la historia con el fin de rehabilitar a los perpetradores y demonizar a las víctimas. La negación del genocidio armenio por el gobierno turco estimula —por su misma naturaleza— los actuales programas que niegan el Holocausto judío y el genocidio de Camboya; estimula los episodios genocidas que están ocurriendo actualmente en África, los Balcanes y otros lugares. Las tácticas del gobierno turco preparan el terreno para una negación, patrocinada por el Estado, del genocidio y el Holocausto en el futuro²⁰.

Entre los firmantes del manifiesto se encontraban prestigiosos académicos expertos en el Holocausto como Yahuda Bauer, Israel Charny, Helen Fein, Raul Hilberg, Steven Katz, Robert Lifton, Debo-

²⁰ El texto completo del manifiesto se publicó en el *Chronicle of Higher Education*, del 2 de febrero de 1996. El párrafo citado en *ibíd.*, A30.

rah Lipstadt y Robert Melson, y entre los destacados intelectuales y escritores que lo suscribieron estaban las firmas de Allen Ginsberg, Norman Mailer, Arthur Miller, Henry Morgenthau III, Harold Pinter, Susan Sontag, John Updike y Kurt Vonnegut.

La postura oficial turca es que el tema del 'llamado Genocidio Armenio' ha de ser reemitido a los historiadores. Se afirma que los archivos turcos, han de dar la respuesta y ayudar a establecer la verdad. El profesor Halil Berktaş, un historiador turco, arrojó nueva luz sobre los contenidos de los archivos estatales turcos en una entrevista que el 9 de octubre de 2002 le hizo Matthew Carney para la televisión australiana. En ella el prof. Berktaş afirmó que «un equipo de alto nivel, formado por tres personas, que incluía a antiguos embajadores y a generales retirados, examinó todos los archivos y secciones y eliminó todos aquellos que pudieron identificar como potencialmente peligrosos.. Al menos hubo una segunda purga masiva de los archivos antes de que éstos fueran formalmente declarados más abiertos que previamente, es decir, a los investigadores extranjeros, a la investigación extranjera».

A la vista de la campaña internacional turca de negación y desinformación, desde hace dos decenios los armenios están buscando reconocimiento internacional del Genocidio Armenio. En 1985 el Tribunal de los Pueblos y el Subcomité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas reconocieron el genocidio armenio. Hasta hoy quince países han reconocido oficialmente el genocidio armenio, incluyendo Francia, Italia, el Vaticano, Bélgica, Suecia y Grecia. El parlamento europeo lo ha hecho dos veces, en junio de 1987 y en 2002, estableciendo el reconocimiento del genocidio armenio como una de las precondiciones para que Turquía sea admitida en el mercado común europeo. El tiempo dirá si la Comisión Europea mantiene su compromiso.

Un reconocimiento oficial de los daños causados al pueblo armenio y una disculpa oficial por parte de la República de Turquía iniciaría un proceso de cicatrización entre estos dos pueblos que durante siglos han sido vecinos.

PS. Para una documentada exposición del genocidio armenio una de las mejores referencias es Vahakn Dadrian, *The History of the Armenian Genocide: Ethnic Conflict from the Balkans to Anatolia to the Caucasus*, 3.^a ed., Nueva York, Berghahn Books, 1996.

Traducción. Carmen López Alonso

RESUMEN

Este artículo examina el contexto en el que ocurrió el Genocidio Armenio. Se centra principalmente en el intento hecho por la minoría armenia que entonces vivía en Turquía para lograr una transición desde su estatus de minoría desaventajada a uno de igualdad de derechos con los de la mayoría dominante. Este deseo fue estimulado por el clima de reforma dentro del Imperio Otomano y por el de apoyo internacional. Los esfuerzos hechos por los armenios tuvieron una dura respuesta por parte de las autoridades otomanas. La sospecha de los Otomanos de que las potencias europeas estaban estimulando estas tendencias provocó una serie de masacres en gran escala que culminaron con el Genocidio Armenio. Perekieron dos millones de armenios, dos tercios del total de la población armenia, y los supervivientes constituyen en la actualidad la Diáspora Armenia. Hoy los armenios están enzarzados en un largo conflicto con Turquía, originado en la negación de los hechos genocidas por parte de la moderna Turquía y por los intentos hechos por los armenios para lograr el reconocimiento internacional del Genocidio Armenio.

ABSTRACT

The present article examines the context in which the Armenian Genocide occurred. It mainly focuses on the attempt of the Armenian minority then living in Turkey to make transition from a disadvantaged minority into a status of equal rights with the dominant majority. This desire was stimulated by a climate of reform within the Ottoman Empire and a supportive international climate. These efforts by the Armenians had a harsh welcome by the Ottoman authorities. Ottoman suspicion of European Powers encouraging these tendencies provoked large scale massacres which culminated in the Armenian Genocide. Two-thirds of the Armenian population numbering two million perished and the survivors form today's Armenian Diaspora. Today Armenians are locked in a long-drawn conflict with Turkey emanating from the fact that Modern Turkey denies the genocidal events and the Armenian attempts to obtain international recognition of the Armenian Genocide.

George Hintlian, sociólogo e historiador residente en Jerusalén, es actualmente director del Institute of Christian Heritage Research in the Holy Land. Hintlian es especialista en la historia de Jerusalén, tema sobre el que ha escrito ocho libros y gran número de artículos. Pertenece a una familia que perdió a setenta de sus miembros en el Genocidio Armenio. También ha publicado ampliamente sobre el Genocidio Armenio y ha participado en numerosas conferencias internacionales sobre el tema.